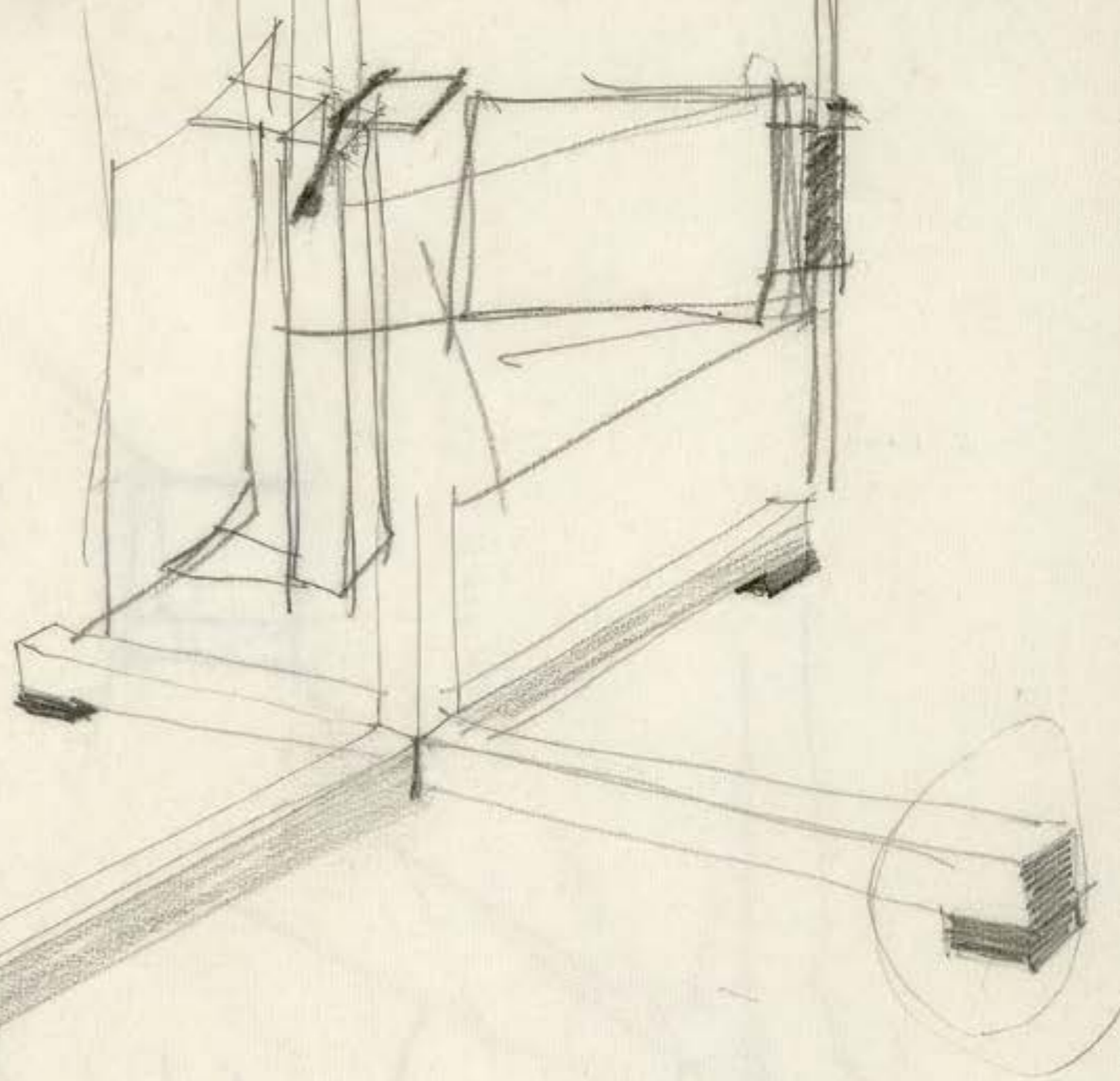
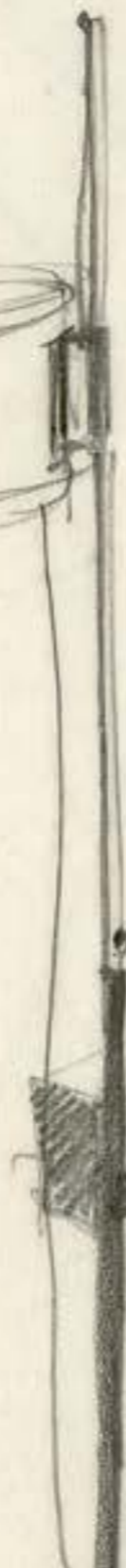
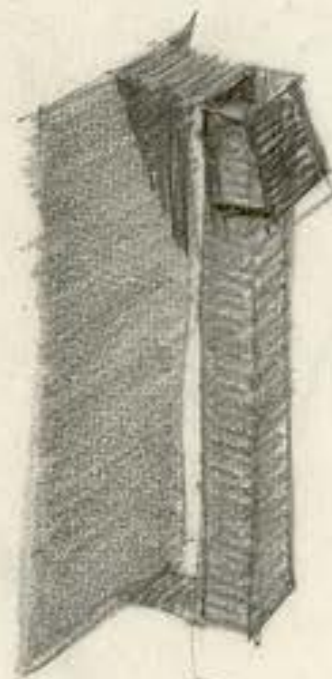
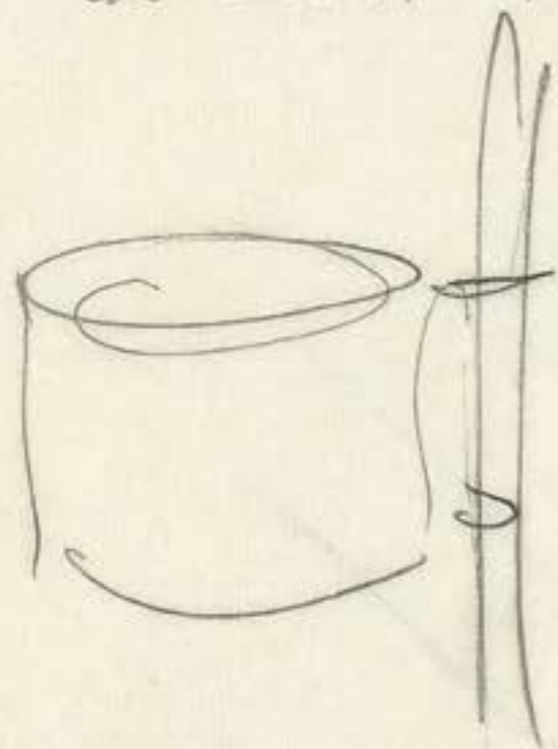
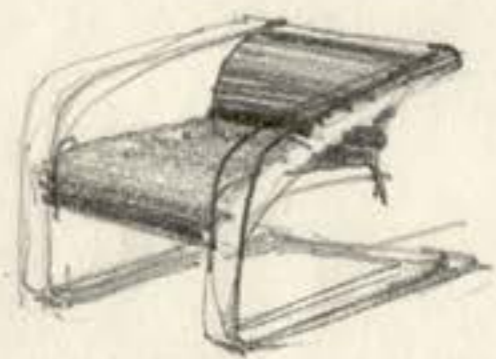


Miguel Milá diseñador *preindustrial*

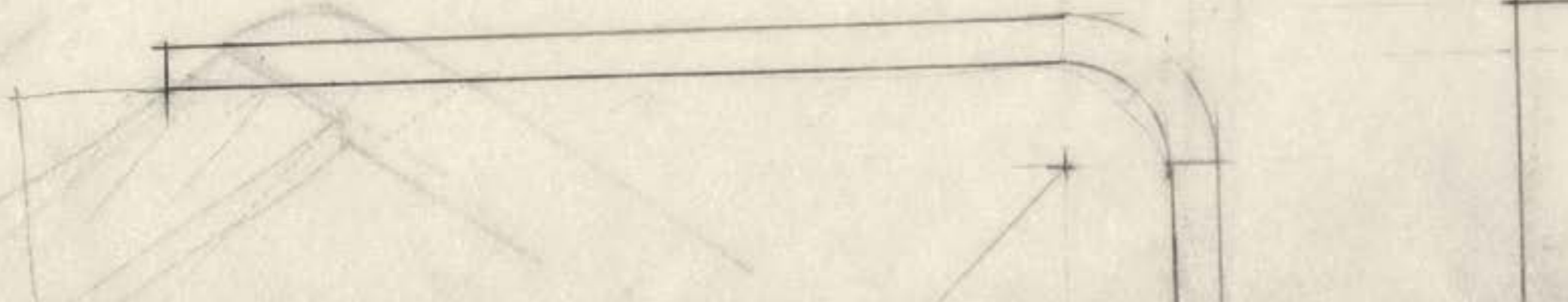
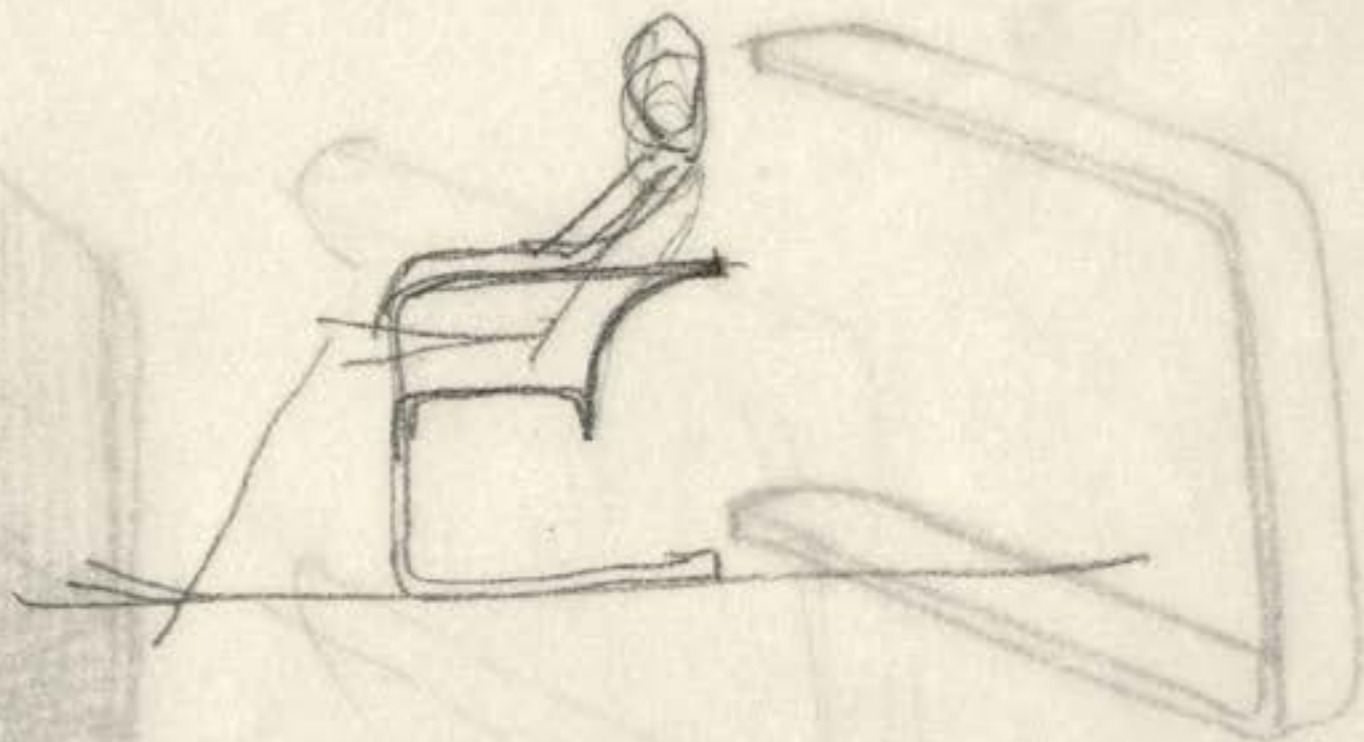


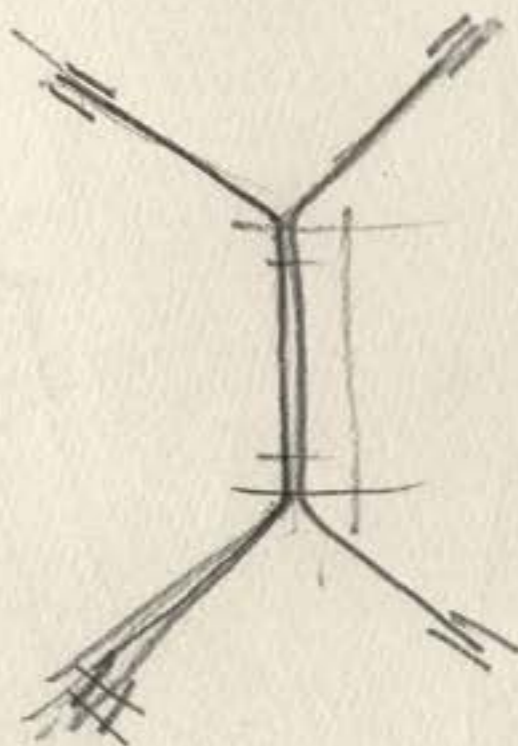
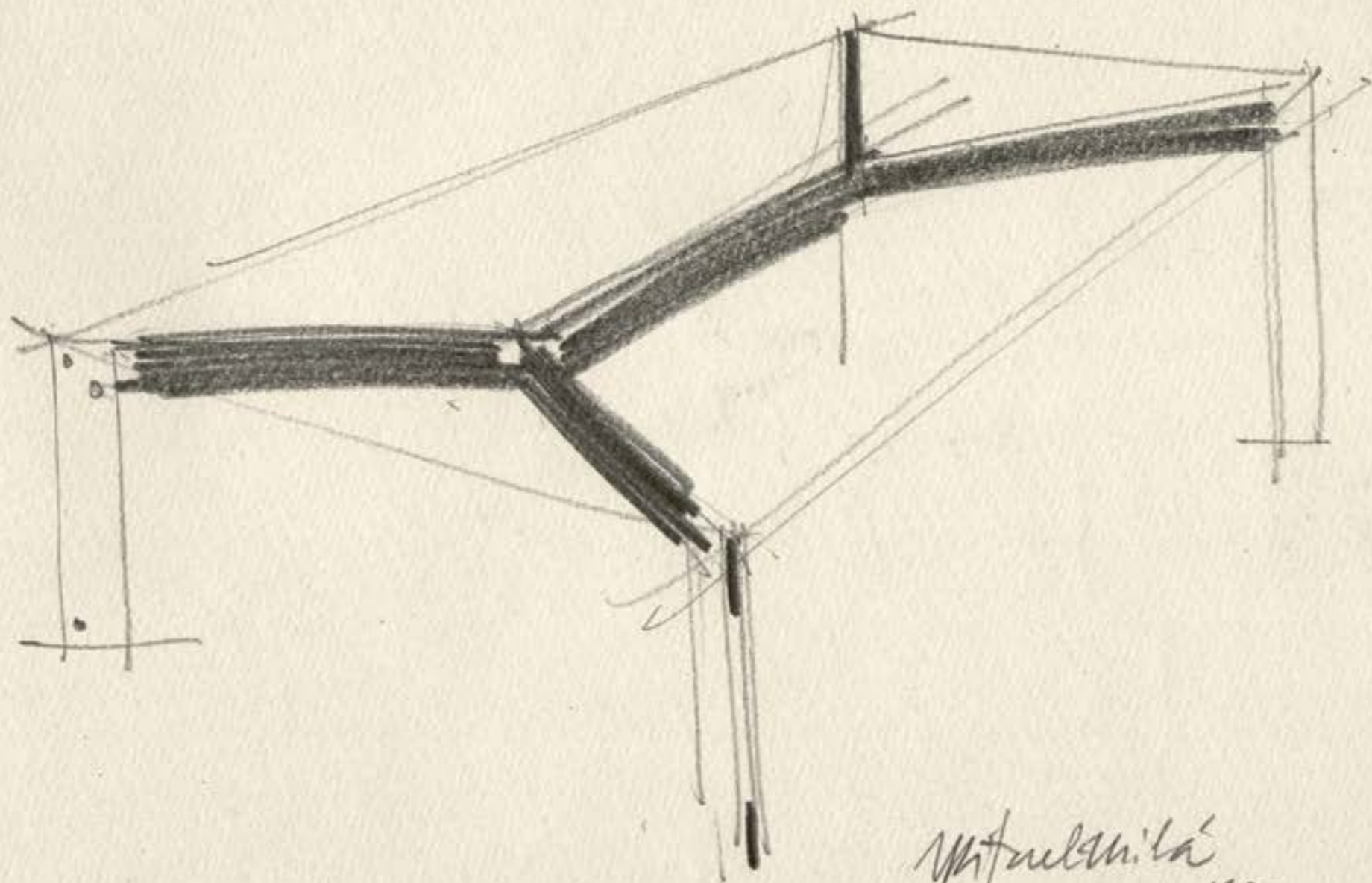
"LA OTRA" TMC



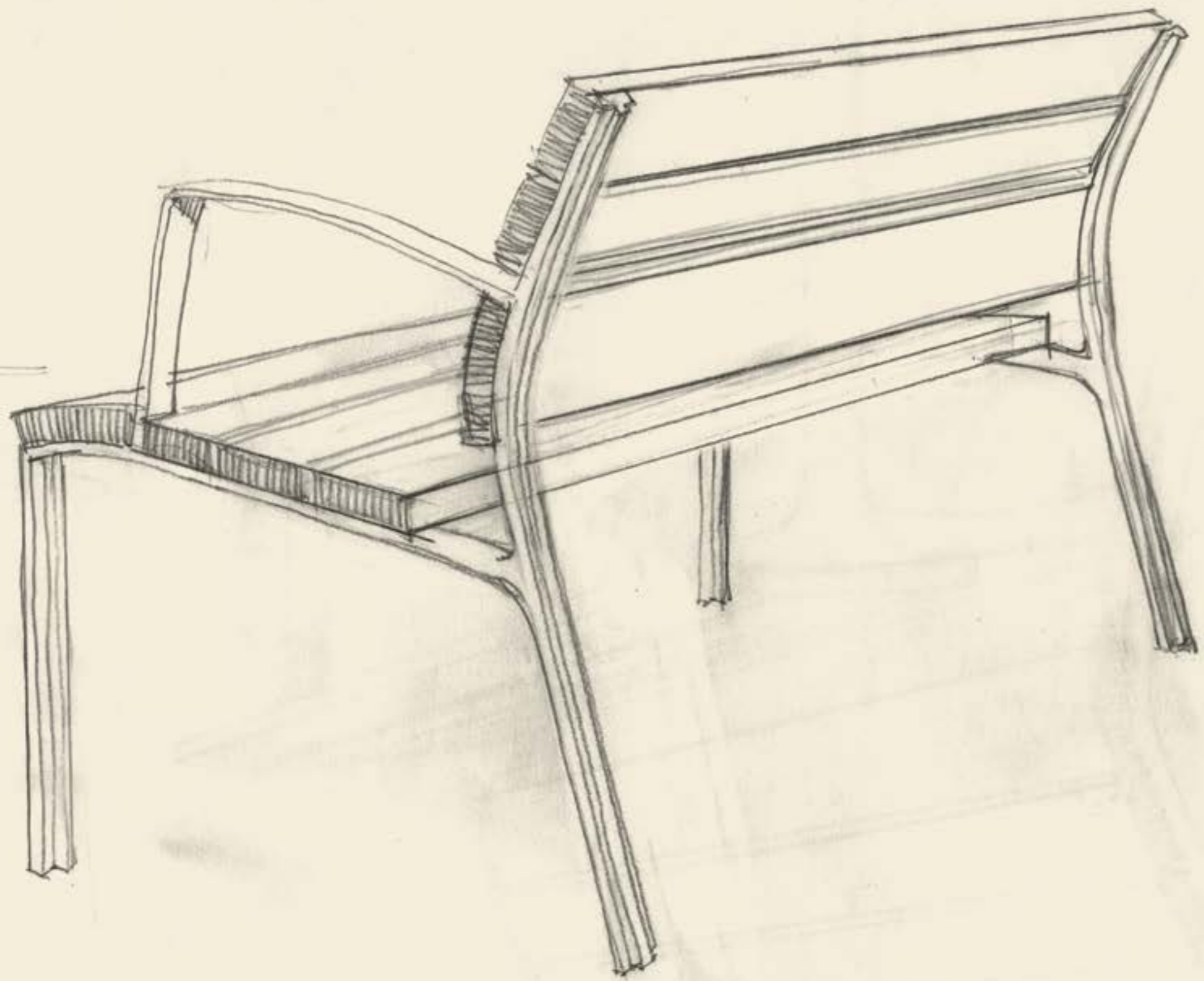


Luído con lenaajs E-4





Mitaulskitá
1960



Miguel Milá diseñador *preindustrial*

LA FABRICA



Ajuntament
de Barcelona

DHub Disseny Hub
Barcelona

Daniel García		3	Diseñador preindustrial	54
La escala doméstica	10		Se hizo la luz	56
			Tramo, Gres, Polinax	68
Miquel Izquierdo		4	Artesanía, tecnología	86
1 Familia y alrededores	12		y confort	
Los Milá Sagnier	14		Herramientas y materiales	88
Aire de familia	20		Tecnología y confort	118
2 Interiorismo y diseño	26	5	Espacio público	148
¿Diseño industrial?	28		Mobiliario urbano	150
Los arquitectos	32		Hospital Clínic y Metro	164
J. A. Coderch	38			
Otras casas, otros muebles	40		Legado	170

La escala doméstica

Los ingredientes de la lámpara más famosa del diseño español no pueden ser más simples: fuste y base de madera, cable, bombilla y una pantalla de papel. Un clásico instantáneo, útil y escultórico, diseñado por Miguel Milá en 1962. Hay otras lámparas célebres, pero la única que le disputa el podio a la TMM es la Cesta. También de Miguel Milá, también de 1962 y también de una extrema simplicidad: hablamos de una cestita de ratán que contenía un globo de vidrio opal con una bombilla dentro y que, gracias a su asa, también de ratán, se podía cambiar de sitio fácilmente. (La versión actual es de madera pero el espíritu permanece.)

La TMM, la Cesta y las demás lámparas y muebles que Milá creó después tienen algo en común: eran piezas funcionales y bellas en su sencillez. Diseños esenciales. Herramientas para lo cotidiano que, durante muchos años, poblaron los hogares de la burguesía culta barcelonesa, se estudiaban en las escuelas, provocaban suspiros entre los aficionados al diseño y... no mucho más. Miguel Milá, el hombre que prácticamente acuñó el abecedario del diseño español, el creador artesano que recibió un sinfín de reconocimientos y firmó tantas piezas inconfundibles, fue, durante buena parte de sus sesenta y nueve años de carrera, el diseñador importante menos famoso del mundo.

Hay justicia. A día de hoy, aunque la muestra de mi estudio sea más bien limitada —por desgracia no hay sondeo de IPSOS sobre esto—, conozco a pocas personas que no tengan, quieran o hayan querido o tenido una Cesta o una TMM, hoy producidas por el fabricante catalán Santa

& Cole. Pueden llamarlo *zeitgeist* —ya saben, el espíritu de los tiempos— o pueden llamarlo algoritmo, pero la herencia de Miguel Milá comienza a estar donde merece: en ese monte Rushmore de autores de las piezas de la historia del diseño que cualquiera querría tener en casa. Su cara empieza a intuirse junto a los perfiles bien definidos de Achille Castiglioni, Ettore Sottsass, Alvar Aalto o Charles y Ray Eames.

Tenía que pasar. Con su trabajo durante los años sesenta y setenta, Milá no solo retrató la Barcelona de la época, sino un momento mucho más amplio, el de la eclosión del diseño como una disciplina clave en el mundo surgido tras la Segunda Guerra Mundial. Había que volver a construirlo todo y una nueva generación de jóvenes catalanes dio la réplica a la escena internacional que estaba dibujando y fabricando el mobiliario, los hogares y los artefactos de aquella nueva vida. Una modernidad que, gracias al consumo privado, se abría paso incluso dentro de la asfixia de la dictadura española.

El contraste entre la expansiva idea de los italianos y la típica medida de Miguel es hasta gracioso. Por seguir con el ejemplo que abre este texto: aquel 1962 en que Milá presentaba su espartana TMM, Castiglioni lanzó su hoy copiadísima lámpara Arco, compuesta por una lujosa base de mármol, espectacular arco metálico y gran pantalla cromada. Y qué bien nos vienen a los periodistas los razonamientos binarios: ¡El barroco italiano! ¡La austeridad española! Sin embargo, el italiano y el catalán no estaban tan alejados. Ambos sabían hacer de la necesidad virtud y cultivaban eso fundamental

llamado sentido del humor. Milá, de hecho, admiraba profundamente a Castiglioni.

Y Miguel Milá admiraba también a los finlandeses, Aalto a la cabeza, por su vocación de crear objetos que perduraran. «Han diseñado cuatro cosas y llevan toda la vida repitiéndolas. Como son muy buenas, no hace falta cambiarlas», le dijo en 2017 a la periodista Begoña Gómez Urzaiz cuando se estrenó un documental sobre su vida. En largo o en corto, por escrito o de viva voz, Milá era experto en contar su idea (esencialmente anticonsumista, por no decir casi ludita) de lo que debía ser un diseñador. Se le daban bien las máximas, que sacaba de verdades empíricas, como que una silla tiene que ser bonita porque la mayoría del tiempo está presente pero no se usa, o que al diseñar una lámpara es muy importante iluminar pero todavía más no deslumbrar.

Como tantos otros creadores de la época, Milá venía de familia acomodada y sabía que la simplicidad no solo era fruto de la carencia. Podía ser una cualidad en sí misma. Más ingenioso que tecnológico, se definía como *bricoleur*, una especie de manitas venido a más. «Yo empecé mi labor como diseñador siendo un estudiante de arquitectura, trabajando en el despacho de mi hermano Alfonso y Federico Correa y, como necesitábamos muebles y lámparas, me metí en esto. Estaba muy implicado con los artesanos del barrio. ¡Con el herrero de la esquina aprendí muchísimo!», contaba en aquella entrevista. Milá dejó la carrera y ese día fue el más feliz de su vida. A partir de entonces, sin título pero con libertad, se supo capaz de cualquier cosa dentro de su ámbito, que no era tanto lo doméstico como lo práctico.

Milá nunca dejó de ir a la ferretería, ni de reparar cosas en su taller, ni tampoco de trabajar. Eran un poco lo mismo. «Sus momentos de felicidad, incluso cuando le quedaba poca memoria, eran trabajando. Sus ideas de proporción y equilibrio nunca le abandonaron», me cuenta Claudia Oliva, editora de este libro —y comisaria de la exposición que, en 2024, llevó la obra del diseñador por primera vez a Madrid—.

Miguel falleció el año pasado, a los noventa y tres. Tuvo que esperar un poco más de la cuenta, pero vivió lo suficiente para ser testigo de su propio *revival*. Yo tuve la suerte de conocerlo en su casa de Esplugues, con su familia y una TMM en la esquina del salón, y ver la cara de satisfacción al saber que sus diseños, tan buenos que casi no ha habido que cambiar nada, se empiezan a vender bien internacionalmente. Y la tendencia se mantiene: las nuevas generaciones de aficionados, clientes y profesionales se están encargando de corregir la anomalía histórica que era que Miguel Milá, el hombre y sus cosas, fueran unos perfectos desconocidos fuera de casa.

El hombre que decía que nunca había estado de moda pero que nunca había dejado de estarlo dejó tras de sí un paisaje de objetos con la extraña cualidad de no envejecer; puede que sea por el destellito de sentido del humor que su creador les insuflaba. Los diseños de Miguel Milá son elegantes, valga lo polémico del término, porque parece que siempre han estado allí: incluso Constanza, la silla de cuero y caña de ratán que Miguel creó el año pasado mano a mano con su hijo Gonzalo —y el último diseño que firmó—, podría llevar en el mercado treinta años. Sottsass dijo que el diseño tenía que ser excitante y sensual y tener la fuerza de un tótem. Pero para Miguel Milá lo imprescindible era la escala doméstica. En ambos, la magia es la misma.

1

Familia y alrededores

Los Milá Sagnier



José María Milá y Montserrat Sagnier junto a sus nueve hijos: María del Carmen, María Asunción, José Luis, Alfonso, Leopoldo, Montse, Luis María, Rafael y Miguel (al lado del padre).

Miguel Milá Sagnier nació en el número 2 de la plaza de Sant Jaume, epicentro político de Barcelona. En un inmueble que queda a medio tiro de piedra del Palacio de la Generalitat (entonces Diputación) y del Ayuntamiento. Ambas instituciones fueron en algún momento encabezadas por un miembro de la familia: el padre del diseñador había presidido la Diputación y su abuelo llegó a ser alcalde de Barcelona. La plaza de Sant Jaume bien podía parecer el patio de casa. A estos orígenes singulares, se suma el hecho de que uno de los edificios más conocidos de la ciudad llevaba su apellido: la Casa Milá. Pero así fueron las cosas para Miguel Milá, quien siempre pasó un poco de puntillas por todo ello, dada su proverbial discreción y bonhomía.

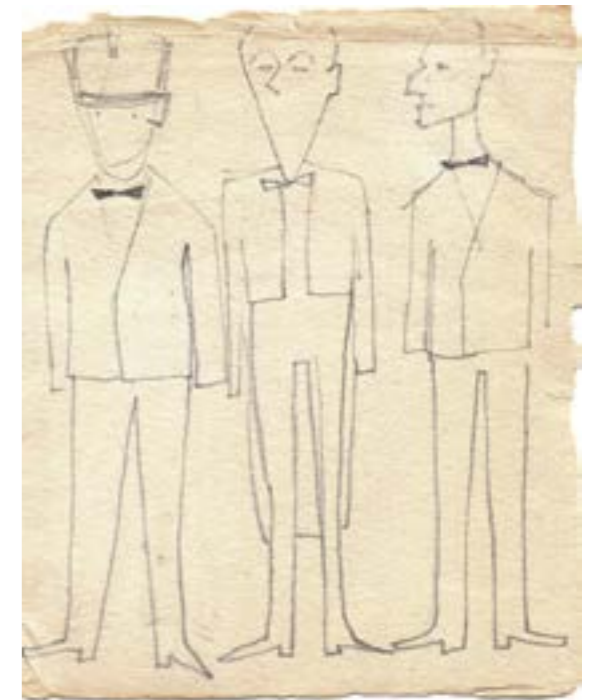
El arquitecto Federico Correa recordaba que «yo no entré en la vida familiar de los Milá hasta después de la Guerra Civil. Y fue entonces cuando descubrí a un padre entregado, entusiasta, impulsor y entrañable con sus nueve hijos [...] Nunca había conocido a un padre así. Apasionado por todo lo que concernía a su mujer, a sus hijos y a toda su familia, desde cuestiones profesionales a los pequeños problemas cotidianos, la comida, las excursiones...».

José María Milá y Camps, padre de Miguel, fue un patricio de la Barcelona de entreguerras, monárquico, apuesto y *bon vivant*, que presidió la Diputación provincial entre 1925 y 1930. Montserrat Sagnier Costa, madre del diseñador, fue el epítome de la *mestressa* catalana, austera y refractaria al oropel, de una autoridad serena. Su hijo contaba que «nos enseñó a ser responsables con las cosas, las personas y el dinero».

El binomio de sobriedad y refinamiento que encarnaban los padres es un poco la cifra de la elegancia escueta que Miguel Milá acabará sintetizando en sus diseños, en su manera de ver la profesión y el mundo. Esta visión se fue afilando ya desde niño a partir de la atención casi extasiada que solía prestar a las tareas cotidianas de los trabajadores de la casa. Su hijo Juan relata cómo Milá solía recordar «cuánto le gustaba

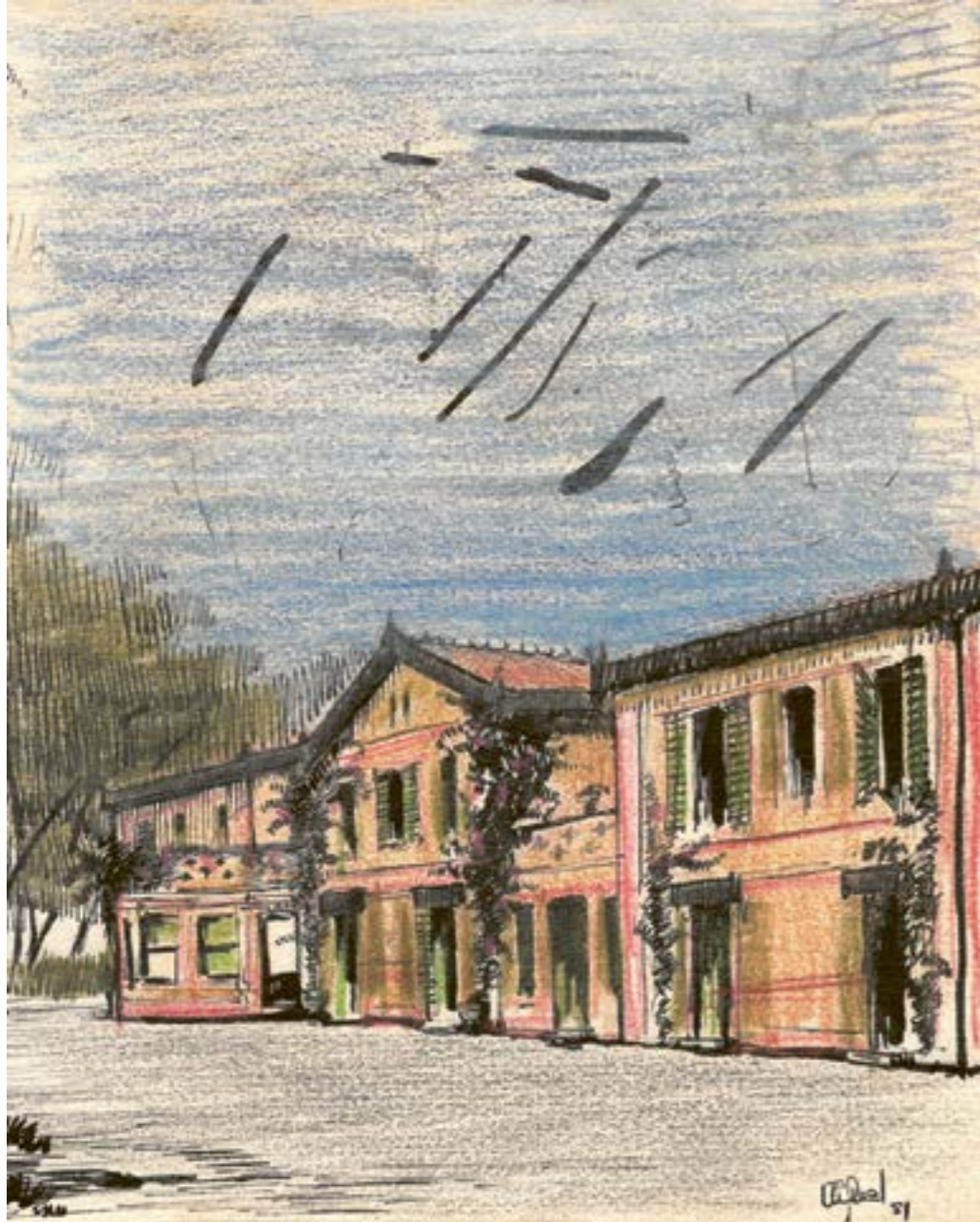
sentarse en el planchador de casa de sus padres a ver trabajar a las costureras. Abstraído en la contemplación de aquel trabajo meticuloso, cada vez que una de las mujeres se llevaba el hilo a la boca, mi padre, en un reflejo de absoluta empatía, salivaba». Sin duda, es un caso de empatía sensorial extraordinario, una escena de delicadeza cinematográfica que parece retratar cómo nace una vocación. Y revela cierto espíritu.

Un espíritu que se forma con la divisa paterna: «Sé útil, y te utilizarán». La máxima tiene un aire severo, pero es un gran consejo: está exento de presunción y, bien entendido, incorpora una responsabilidad cívica para con los demás. Son palabras que Miguel Milá fue asumiendo como un compromiso con el bienestar común. Y más valiosas si cabe porque conforman un credo laico —funcional y flexible a la vez— en aquella España de los años cincuenta, entre granítica y de «sálvese quien pueda».



Dibujo de Miguel Milá: Miguel, Alfonso y Rafael, vestidos para ir al Liceu

Dibujo de Miguel Milá de la finca familiar en Esplugues de Llobregat, 1951.
Residencia permanente de la familia Milá Sagnier desde 1949 hasta la actualidad.



Dibujo a tinta por Miguel del jardín de Esplugues

Entrada a Las Torres, la residencia de los Milá en Esplugues de Llobregat, 1950



Arriba: Montserrat Sagnier, madre de Miguel, y sus nueve hijos haciendo punto para enviarle un jersey a su padre, mientras estuvo preso en el castillo de Montjuïc durante la Guerra Civil. Miguel Milá, sentado junto a la barandilla, es el primero a la derecha.



Abajo: Miguel Milá y su padre, José María Milá y Camps, en la finca Bonavista, c. 1950



Aire de familia

La caja de herramientas de Miguel Milá, un regalo de la madre a los tres hermanos menores. Lo acompañó a lo largo de su vida.



El espíritu del trabajo bien hecho se nutrió también de un entorno familiar vasto en el que abundaba el talento creativo y resolutivo en diversas disciplinas. Enrique Sagnier, tío abuelo de Miguel, fue el arquitecto más prolífico de todos los que trabajaron en Barcelona a caballo entre el modernismo y el *noucentisme*. Sagnier fue un profesional de obra ecléctica, omnipresente en la ciudad con construcciones monumentales como las Aduanas, el Templo Expiatorio del Sagrado Corazón en el Tibidabo o el Palacio de Justicia. Con todo, el arquitecto más ilustre asociado a la familia Milá es Antoni Gaudí. Fueron un tío de Miguel, Perico Milá, dandi cautivador, y su esposa, Rosario Segimon, quienes le encargaron en 1905 la Casa Milá, más conocida luego como La Pedrera. El paseo de Gracia se estaba convirtiendo en la arteria residencial de las nuevas estirpes industriales y nobiliarias barcelonesas, que parecían competir por la contratación del arquitecto más osado y por dejarse ver en coche o a caballo a lo largo del bulevar. Es ahí donde entra la figura de Gaudí, de cuya casa Batlló, unas manzanas más abajo, quedó prendado Perico Milá. Fue entonces cuando le encargó la construcción de su propia casa, en cuyo piso principal vivirían los señores Milá con su pareja de guacamayos, mientras destinaban a alquiler el resto de las viviendas. La Pedrera se convirtió en uno de los edificios más emblemáticos y polémicos de la ciudad. Pero el tiempo le ha dado la razón a Gaudí. Miguel Milá llegó a conocer muy bien el bloque porque de niño visitaba cada jueves a sus tíos y, como adulto, fue el responsable junto a su hijo Gonzalo de la rehabilitación de uno de los pisos, que es el que actualmente puede visitarse. A diferencia de buena parte de las fincas del Eixample barcelonés —angostas y oscuras—, las viviendas de la Pedrera gozaban de óptimas condiciones de luz y ventilación gracias a los dos patios interiores que su ubicación esquinera permitió habilitar. Las formas sinuosas que caracterizan la fachada obedecían a la voluntad de Gaudí de contrarrestar la rigidez que se apreciaba ya en la mayor parte de la arquitectura circundante. En todo caso, puede que la Pedrera sea uno de los primeros casos de encendido debate barcelonés sobre una solución estética de repercusión

pública. Existen numerosos testimonios escritos y visuales al respecto.¹

Un ejemplo menos conocido de la incidencia de los Milá y sus antepasados en la escena cultural y formativa barcelonesa, pero de mayor repercusión social, lo aportó Agustí Massana i Pujol. Tío abuelo de Miguel Milá y heredero de la afamada pastelería Can Massana, este señor desarrolló por su cuenta un talento notable para las finanzas y la bolsa. De la fortuna que amasó legó una parte sustancial al Ayuntamiento para la adquisición de unos terrenos que debían destinarse a una institución pública para la enseñanza de las Artes Aplicadas y Oficios Artísticos. Y esta acabó siendo la Escola Massana, donde se han formado generaciones de diseñadores, ilustradores y joyeros de la ciudad.

Frente a estas figuras algo lejanas, estaban Leopoldo y Alfonso Milá, hermanos mayores de Miguel, que podían orientar su interés por los ámbitos creativos de clara vocación funcional y práctica. El primero, perito industrial y empresario de las firmas Polinax y DAE, fue el artífice de la mítica moto Impala de Montesa (1962) y de la Cota 247 (1968). Ambas fueron galardonadas con el Delta de Oro del ADI-FAD. Alfonso, por su parte, encabezó junto a Federico Correa uno de los despachos de arquitectura destacados en el ámbito de la modernidad barcelonesa. El rascacielos Atalaya de la Diagonal, otro gran icono local y premio FAD de Arquitectura, es obra de ambos.

Son antecedentes que entroncan con la carrera de Milá, quien comenta: «Yo provengo de una familia con medios, pero me he educado en la escasez. Y, en ese sentido, lo que más le gustaba a mi madre era que tuviéramos que ingeniárnoslas para conseguir las cosas». De ahí que, siendo niños, su madre les regalara una caja de herramientas, que para Miguel se convirtió en un cofre del tesoro. «Nos la trajeron los Reyes Magos a los tres hermanos pequeños. Mi madre se la encargó a Cintet, nuestro carpintero. Él fue uno de mis primeros profesores». Y añade: «La escasez de la guerra y la posguerra fue una escuela de ingenio. Todos aprendimos a reparar,

Arriba: Miguel Milá con su primer coche, un Isetta, 1951

Derecha: Isetta de Miguel en su viaje por Europa, 1951

Abajo: Miguel Milá practicando equitación en el Real Club de Polo de Barcelona



conservar, coser y hasta a hacer punto». Esta aversión al despilfarro, genética y coyuntural a un tiempo, se complementa perfectamente con la misma predisposición de Milá por la resolución de engorros domésticos ya de niño. Fue entonces cuando montó una «empresa» de apaños caseros: «La llamé TRAMO, acrónimo de TRABajos MOlestos, recados que a uno le pueden dar pereza: cargar el mechero, ir a comprar sellos, limpiar zapatos. Me ofrecí a mis hermanos mayores para realizar estos servicios a cambio de unas monedas». El tiempo haría el resto.

1. Josep Carner escribió unos versos satíricos en los que el arquitecto, ante las quejas de una vecina por la imposibilidad de emplazar su piano vertical entre aquellas paredes curvas, le acaba espetando: «Miri,

toqui el violí» (Oiga, toque el violín). Josep M. Huertas Claveria, «L'herència de l'indià» a *La Pedrera. Arquitectura i història* Barcelona: Fundació Caixa de Catalunya, 1999.

